

Germán Yanke

SER DE DERECHAS

**MANIFIESTO PARA DESMONTAR
UNA LEYENDA NEGRA**

temas' de hoy.

ÍNDICE

<i>Prólogo de Federico Jiménez Losantos</i>	9
<i>Introducción. Contra la leyenda negra</i>	17
Capítulo I. Sobre la derecha dogmática	21
Capítulo II. Sobre la derecha que acepta a regañadientes la democracia	29
Capítulo III. Sobre la caricatura de la mano invisible	39
Capítulo IV. Sobre la dicotomía entre libertad y seguridad	49
Capítulo V. Sobre la derecha enemiga del bienestar	57
Capítulo VI. Sobre la derecha y la malvada globalización	65
Capítulo VII. Sobre la derecha y la cuestión nacional	77
Capítulo VIII. Sobre la derecha servil al imperio . . .	85

Capítulo IX.	Sobre la derecha matamoros	93
Capítulo X.	Sobre la derecha ciega ante el terrorismo	103
Capítulo XI.	Sobre la derecha, señora de la guerra	111
Capítulo XII.	Sobre la derecha manipuladora de la justicia	121
Capítulo XIII.	Sobre la derecha destructora del planeta	127
Capítulo XIV.	Sobre la derecha antieuropeísta	137
Capítulo XV.	Sobre la derecha y la conspiración de la prensa	145
Capítulo XVI.	Sobre la derecha y la inmigración . . .	153
Capítulo XVII.	Sobre la derecha y los colegios elitistas	161
Capítulo XVIII.	Sobre la derecha puritana	169
Capítulo XIX.	Sobre los complejos de la derecha . .	175
Capítulo XX.	Sobre la derecha y el mito del centro	183

PRÓLOGO

LO QUE PIENSA LA DERECHA QUE PIENSA

I. Libertad, Igualdad, Propiedad

Este libro de Germán Yanke es una síntesis sencillamente extraordinaria —la mejor que yo conozco en estos momentos— de lo que piensa la derecha liberal acerca de sí misma, de las otras derechas, de las izquierdas y del mundo que nos toca vivir en los comienzos del siglo XXI, ése que a efectos políticos comienza con la masacre de las Torres Gemelas el 11 de septiembre de 2001. No es un libro particularmente español ni sólo para españoles, aunque desde aquí está escrito y pensado, sino que en estos tiempos de crisis (si algún tiempo no lo fuera) plantea las grandes cuestiones teóricas y prácticas que los liberales, —en el sentido español y europeo del término—, creemos que la Humanidad ha sabido afrontar con cierto éxito a lo largo de los siglos. Y que en el siglo XIX sintetizaron en una tríada famosa: Libertad, Igualdad, Propiedad.

Libertad, obviamente, individual, porque no hay otra. Los liberales no creemos en esas fantasías tribales de «la libertad de los pueblos» ni en los «derechos colectivos», arrendados siempre a un déspota que los gestiona indefinidamente, llámese Lenin, Stalin, Hitler o Fidel Castro, sino en la protección del individuo frente los abusos de los poderosos, sean del género maleante, mafioso o monopolista, sean del género despótico que habitualmente producen el Estado, el Gobierno y la Administración a través de

cualquier tipejo provisto de un cargo público, un mandato electoral o un galón cualquiera. Como algunas religiones, singularmente la cristiana que está en los orígenes de las instituciones de libertad desarrolladas en Europa y América a lo largo de los siglos, los liberales creemos en la dignidad del ser humano, uno por uno, pero sabemos también por secular experiencia que la naturaleza humana puede ser inhumana, que lo propio de nuestra especie es abusar del Poder cuando lo tiene, sobre todo cuando tiene mucho, de ahí que nuestro principio básico es el de proteger la libertad personal.

Igualdad ante la ley, precisamente porque los liberales no somos anarquistas y propugnamos la necesidad del Estado, pero con límites precisos y siempre dentro de una legalidad cuya raíz moral e intemporal encuentran muchos en el Derecho Natural y el Derecho de Gentes y cuyas normas —entendemos nosotros— deben estar al alcance de todos y a todos servir por igual. Igualdad ante la ley, sí, porque los liberales aceptamos que los humanos somos distintos, radicalmente desiguales, pero con el mismo derecho a «la búsqueda de la felicidad», es decir, a labrar nuestro propio destino sin que otros lo decidan por nosotros. Por eso entendemos que la Ley, respaldada por una fuerza proporcionada y legítima, debería ser el ámbito natural de las relaciones humanas civilizadas. Y que cuando las circunstancias requieran el uso de la violencia o incluso de la guerra contra los que quieren atropellar la vida, la libertad y la propiedad de los ciudadanos, hasta el uso de la fuerza debe estar siempre bajo la Ley.

Esto no quiere decir, obviamente, que cualquier ley sea aceptable para un liberal, antes al contrario: debe rechazarse y combatirse, a ser posible de forma pacífica, cuando de forma inmoral o ilegítima promueve, protege o favorece la tiranía y la opresión. En este libro de Germán Yanke se plantean los casos más candentes y debatidos —singularmente en la guerra contra el terrorismo— que hoy debe afrontar el mundo. Siempre desde esa perspectiva de la derecha liberal que Germán Yanke hace suya o que nosotros hacemos nuestra al leerlo, porque pocas veces se ha explicado con tal nitidez, lo que queda claro es que no hay ley por encima de la moral, o lo que es lo mismo: que el sentido moral

no puede estar ausente de la legalidad y de la fuerza en que se sustenta. Los liberales no creemos que las leyes estén bien en sí o bien para siempre, puesto que entendemos la falibilidad esencial del ser humano y el carácter de prueba de la idea ante la realidad que reviste cualquier fórmula legal, pero sí que lo propio del ser humano es tener derechos, y que eso, desde Roma, equivale a tener Derecho y buscar el continuo perfeccionamiento de la ley en su aplicación a los hechos concretos que la motivan. Y también creemos que un régimen político es inaceptable si admite, tolera o acepta la existencia de poderes fácticos, personales o institucionales, por encima de la propia Ley.

Y la Propiedad. Ésta es sin duda la institución más importante e intelectualmente distintiva del liberalismo con respecto a otras ideas de la derecha y todas las de la izquierda. Y Germán Yanke la defiende en la última parte del libro con absoluta claridad, decisión y precisión, como algo indisociable de la propia libertad del ser humano, que podría entenderse en principio como el derecho de propiedad del individuo sobre sí mismo. Es indudable que la gran crisis de la civilización liberal durante el siglo xx, lo que le llevó prácticamente a la aniquilación ante el totalitarismo comunista y su émulo nazi, proviene de la crisis de la idea de propiedad en aquellos estamentos políticos, religiosos e intelectuales que debían defenderla. La idolatría del Estado que es característica de todos los socialismos premodernos, modernos o posmodernos impone renunciar, desde el principio, a la propiedad individual o a la propiedad sin más. Y los efectos morales de esa renuncia han sido y son incalculables, aunque sus efectos están bien a la vista: cien millones de personas asesinadas y miles de millones de muertos de hambre es el balance del comunismo, sin duda la fórmula intelectual que más ha cautivado y aún cautiva a los intelectuales, artistas, profesores, periodistas, mistagogos y demagogos de nuestro tiempo. Que, como queda patente en este libro, no parecen dispuestos a escarmentar en cabeza ajena, tal vez porque no suelen arriesgar la propia. Y el comunismo es, por principio, la negación de la propiedad. Conviene no olvidarlo.

La crisis de la idea de propiedad ha sido y es una crisis de orden intelectual y moral que hoy se promueve desde los estamentos más